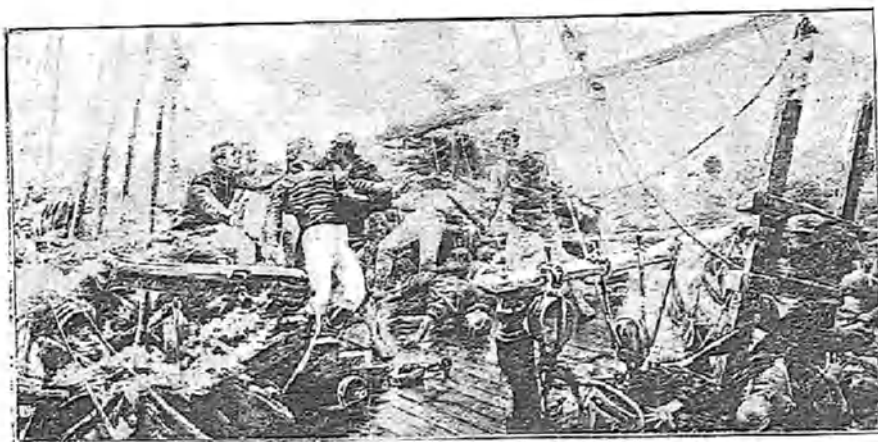


BELLAS ARTES



AL GALOPE.—CUADRO DE D ENRIQUE ESTEVAN.



MUERTE DE CHURRUCA EN TRAFALGAR

CUADRO DE D. EUGENIO ÁLVAREZ DUMONT.

# MANUEL GARCÍA

¿Datos biográficos del Espartero?

La prensa diaria y los periódicos taurinos han publicado ya cuantos conocían.

Que Manuel nació en ese vergel de Andalucía, en ese nido de felicidad y de alegría, en esa riquísima joya de España llamada Sevilla.

Allí en la Alfalfa, en la espartería, hijo legítimo de padres honrados.

Todo esto se sabe, todo esto se ha dicho y se ha publicado en estos días, con motivo de la muerte del querido diestro.

Lo que no se ha dicho, lo que es menester consignar es, lo que Manuel representaba en el arte, cómo había llegado al puesto que ocupaba en el toreo, quién era como hombre, como hijo, como compañero, como jefe de cuadrilla y como amigo.

•••

—Añi anda un muchachillo más atrevido y más aficionadete al toreo.... El chiquillo del espartero de la Alfalfa, Manolito.

Esto se decía entre algunos aficionados de Sevilla; y don Antonio Miura, el inteligente ganadero, fué el padrino del muchacho, en el arte.

—¿Tú quieres ser torero?

—Ya lo creo.

—Pues en ti está llegar a serlo.

Manuel empezó a matar en novilladas.

Como banderillero que fué en la cuadrilla del Cirineo, no lució el muchacho.

O no le gustaba la suerte, o no se daba maña para ella.

No hace aún mucho tiempo me decía:

—Siempre que tomo las banderillas, me echan mano los toros.

Esto era exagerado, porque le hemos visto clavar buenisimos pares con valentía y habilidad.

Pero qué, efectivamente, no era su suerte favorita.

Manuel no había podido aprender de otros matadores, porque con ninguno había estado de banderillero, y porque hay condiciones que no se aprenden, como es la bravura.

El se había hecho el arte que poseía.

Explicándome la primera vez que vino a Madrid, su defensa con los toros, puesto que yo le aconsejaba que no se estrechase tanto, me decía:

—Mire usted, yo tengo mi defensa, que va usted a ver: tomo los toros sobre corto para la muleta, porque así, cuando alargan, me encuno si no hay otra salida, y así llevaré un topetazo, pero me libró de la cornada.

Por eso—continuaba—no me gusta que me ayuden con los capotes más que hasta que me apodero del toro;

porque me le distraen, y como estoy en un terreno tan corto, no puedo enmendarme y me encuentro con el cuerno.

—Cuando me cogen los toros—me dijo otra vez—es porque no me arrimo.

—¿Aun más?—le pregunté.

Un matador de toros muy popular me decía, hablando de Manolillo, cuando empezaba a funcionar también como tal matador:

—Siempre que toreo con él estoy asustao hasta que salimos de la corrida; le está pisando siempre el terreno a los toros.

Manuel por su parte, me decía del matador antes citado:

—Torearía por la mitad del dinero siempre con él, porque viéndole se aprende. Hemos toreado juntos ahora en Barcelona; no le digo a usted nada del arte y de la maestría con que ha toreado la corrida. ¿Y como guapo? ¿Yo creo que me arrimo algo a los toros? Pues se ha conñado tanto como yo.

Manuel tenía arte y valentía, condiciones que difícilmente se reúnen.

Arte que él mismo, solito, se había hecho; a nadie debía lecciones, caso rarísimo en cualquier profesión, puesto que, como vulgarmente se dice, «nadie nace enseñado».

Manuel se lo debía todo a sí mismo.

Fascinaba a los públicos y los entusiasmaba con su guapeza.

¿A qué escuela pertenecía su toreo?

A la suya; todo se lo debía a sí mismo, era personal, exclusivamente suyo.

Aquella mano izquierda, con la cual tantos primores hacía muleteando a los toros, por alto y de pecho; aquella frescura y elegancia con que toreaba de capa y hacia tan oportunos y, a las veces, peligrosos quites, bien a medio capote ó a punta: todo aquello era suyo.

Torero fino y al par valiente, hasta dar en temerario, era al mismo tiempo refractario a la envidia y a las viles pasiones que empuqueñecen la figura de algunos hombres.

Recibía las advertencias con modestia y reconocimiento.

Toreaba con Rafael Molina en una plaza de provincia; uno de los toros que le tocaron a Manuel llegó a la muerte con el morrillo limpio de puyazos—lo cual suele ocurrir alguna que otra vez.

Los muchachos habían clavado dos pares y medio de palillos y el toro conservaba, al parecer, voluntad y facultades.

Tomó Manuel los trastos y Rafael le dijo:



MANUEL GARCÍA (EL ESPARTERO)

—Haz mucho por ese toro, que se te queda.  
 El muchacho miró a *Lagaritjo* y pensó:  
 —Me parece que ahora se equivoca el Maestro.  
 —Y mire usted—me contaba Manuel,—me arranqué después de torearle y ver que me comía el trapo, y no lo metí tanto estoque así, que se me quedó el animal.  
 Miré a Rafael y me dijo:—¿Lo estás viendo?—Con que volví a torear y me arranqué otra vez y tuve que hacerlo todo, porque el guasón del toro no hizo por mí. Y digo yo:—¿Cómo conoció Rafael lo que me dijo?  
 —Veinticinco años matando toros, enseñan mucho, le respondí.  
 Las indicaciones de *Lagaritjo* eran para Manuel consejos de profesor, que acataba siempre.  
 Manuel no conocía la soberbia.  
 —Toreando con él, veo los morrillos tan limpios, que me acuesto.  
 Cuando Manuel vino por primera vez a Madrid, algunos de los que ahora, aprovechando la ocasión de exhibirse una vez más, hacen de amigos doloridos, le dedicaron *aquellas flores* de una grosería sin límites y de gusto tan soez.  
 Uno.—Ese *Espartero* es un idiota.  
 Otro.—Es un suicida.  
 Otro.—Debería intervenir el juez de guardia.  
 Otro.—Prohibirle que toree: á la plaza no vamos (¡almas sensibles!) á ver desdichas.  
 Otro.—Ni vestirse de torero sabe.  
 ¡Cuántas injurias! ¡Cuánta ignorancia! ¡Qué mala fe! ¡Miserable envidia! ¡Desconocimiento absoluto del arte! Nada veían en aquel muchacho que con tal sobriedad, y sin más que una estocada buenísima al volapié, había despachado el primer toro que le tocó en suerte.  
 Hasta salir al camino para silbar y amenazar á Manuel algunos «sinvergüenzas».  
 «Que es muy valiente—escribí yo entonces en *El Imparcial*—no puede negarse; pero no creó solamente en la valentía de Manuel, sino que tiene arte, y no habrá quien lo dude, viendo en los terrenos en que se mete y que sale vivo. Sin arte no se hace esto.»  
 Querían devorarme los malos aficionados de esta parte del planeta.  
 ¡Atraverse en Madrid á prestar apoyo, á decir la verdad, de un torero sevillano!  
 Pero me perdonaron la vida, Dios se lo pague.  
 Y ahora....  
 ¡Pobre Manuel!  
 Ya no estorba.  
 ¡Uno menos! Un amigo menos.  
 Dios y los aficionados de buena fe, saben que yo no soy amigo póstumo; que fui su único defensor, en cuanto pude, contra todos los elementos antiesparteristas.  
 Cuando empezaba, cuando vino á Madrid.  
 Hoy.... hoy no necesita defensas.... de nadie necesita.  
 ¡Pobre Manuel! ¡Pobre Manuel! Tan buen hijo, tan cariñoso amigo, tan noble compañero, tan generoso jefe de su gente....  
 Madrid te ha hecho una manifestación inmensa y espontánea de cariño y de duelo.  
 ¡Descansa en paz!  
 Que Dios haya acogido tu alma.

## SENTIMIENTOS.



LA ÚLTIMA BORRASCA.—CUADRO DE H. GUILLEN.

# NUESTRO TEATRO



# E

n la popular zarzuela de Miguel Echegaray, *El Día de la Africana*, dice *Querubini*, empresario de ópera «barata»:

«En el teatro tutto es convencional.»

Puede decirse lo mismo de nuestra escena.

Ya pica en historia tanto convencionalismo.

Nada de esto es de extrañar en las pasadas edades.

Pero ahora que la Ciencia, el Arte y la Industria han llegado á su apogeo, y se cuenta con elementos sobrados para determinar en el ánimo del espectador una emoción estética, equivalente á la que la realidad le produciría, están fuera de toda lógica determinados convencionalismos; y la construcción y distribución interna de los teatros no se ajusta á la índole especial para que son destinados sus edificios.

Huelgan los bebedores, cuyos esqueletos se columbran desde cualquier parte en que se coloque el espectador.

Y sobran la «scocha» y candelijas de la batería.

La orquesta no debía estar á ojos vistas del público, sino oculta, y así, nadie se distraería observando los batimanes que pueda hacer el maestro director (alguno de ellos paraca estar atacado del baile de San Vito), ni el movimiento de brazos de los instrumentista de cuerda, ni la cara apoplética y carrillos cólicos de los del metal.

Además, la sonoridad sería más agradable y la ilusión completa.

La sala debería estar á oscuras durante la representación.

Y en cambio, potentes focos, convenientemente dispuestos en el escenario, darían á la escena la luz necesaria, graduando su intensidad según los casos.

Los asientos para el público deberían estar limitados en sus costuras por tableros verticales de una prudencial altura, y las filas de butacas escalonadas en forma de anfiteatro.

Ganaría el público en comodidad, y se evitarían los murmullos y chichisveo de esas familias parlanchinas, cuyos individuos, á cada momento, se comunican la impresión que la obra les produce; los comentarios de unos y las advertencias de otros, amén de la cháchara de los espectadores comunicativos.

Y á las señoras se les prohibiría la entrada siempre que fuesen tocadas con sombreros, que en la mayoría de los casos sirven de pantalla al desdichado que se halla á espaldas de damas.

Muchísimas más innovaciones señalaríamos; pero con las enunciadas, fáciles de realizar, se lograría subyugar la atención del espectador y hacerle gozar *ad hincor* del lance escénico.

Únicamente, que sepamos, hay un ejemplar típico de lo que en la época presente debe ser el teatro.

Nos referimos al de BAYREUTH, ideado por Wagner.

El teatro por horas, el destinado al género «chico», es el que adolece de mayores logros y el que está más sujeto á la rutina.

Los coros son insoportables y amanerados.  
Para ellos, la mímica es lo desconocido, é igual les da expresar un sentimiento alegre que triste, frío que apasionado.

Rien llorando, y viceversa.

Su actitud en las tablas es desenfadada casi siempre.

Parecen vestidos por contrata.

Gracias al santo convencionalismo, en un momento dado todos opinan igual y todos recitan á un tiempo idénticas palabras.

Si se trata de amores, es de rúbrica que las mujeres se dividan en dos bandas paralelas á las que toman los hombres, resultando de esto una nueva fase de amor desconocida en la vida real:

La del amor simétrico.

Si el que lleva la voz cantante figura ser sacristán ó algo de iglesia, es imprescindible que el coro imite el son de las campanas:

«Din, dan,»  
«din, don.»

y si cosa de milicia, el «tarari, tarari» de las cornetas, puestas las manos en hueco cerca de la boca, ó el «rataplán» de los tambores, «ilustrado» todo ello con paso marcial, avanzando hacia la batería ó retrocediendo hasta el foro.

Defecto que también puede achacársele á todos los coros de gente del pueblo ó chulapones.

No hablemos de los anacronismos escénicos.

Ni de las maneras con que se visten las obras de época, ni de la forma ridícula de presentar las de la moderna.

Peor sería meneallo.

Es cosa deliciósísima que si la escena es en una calle ó en las afueras de un pueblo, y por ser de noche se halle á oscuras, se dé luz á la batería á la salida de cualquier personaje que traiga encendido un farol ó un fósforo, de donde resulta que los reflejos de estas luces de mala muerte sean tan intensas como las del sol, puesto que todo lo iluminan.

Muchas veces, por la mala disposición de las luces de las baterías, se origina que el actor deje tamañito al gigante Goliat, si se juzga por la sombra que arroja sobre el lienzo escenográfico, la cual sombra, traspasando los límites de los edificios, llega hasta el cielo.

Las mutaciones de cuadros son capaces de quitar la ilusión al espectador más optimista y crédulo.

Después del campanillazo que precede al cambio para prevenir á los tramoyistas al fijar los trastos, martillean los carpinteros que es un gusto.

Y nada más ridículo que la salida de los metemuertos para recoger los muebles antes de cambiar la decoración.

Los tipos cómicos están calcados, por así decirlo, de un patrón que indudablemente causaría las delicias de nuestros bisabuelos; pero qué, ahora, amén de ñoño, resulta estafalario.

Si sale un maestro de escuela, ha de ser hambriento; ha de lucir un sombrero de copa alta, apabullado; y es un detalle que deje asomar fuera del bolsillo del levitón, casi casi la mitad de un monumental pañuelo de hierbas.

No están muy holgados que digamos los maestros de escuela; pero, por regla general, comen mal, eso sí, pero comen y no son prototipos del «eterno hambriento».

Ni en los pueblos gastan sombrero de copa.

Ni aun en Madrid.

Ni dejan asomar el pañuelo de bolsillo.

Ni es de hierbas.

El alcalde de pueblo, siempre bruto, y en todas ocasiones luciendo la vara, símbolo de autoridad.

Por regla general, los alcaldes son siempre las personas más listas del concejo.

Y hace algunos años que no se estila eso de la vara.

Los asistentes y demás gente de tropa, andaluces á machamartillo.

Y los guardias de orden público, serenos, criados y cocheros, gallegos.

Los coros de conspiradores, andando recelosamente, y recomendándose mutuamente prudencia y silencio... á voces.

Los coros de alguaciles ó de la ronda diciendo de continuo que para el oficio se necesita tener mucho de aquí y de acá, sensándose la frente y las narices.

Y ponderando el miedo.

Los imprescindibles duces de amor cuando se ven los novios.

Con la consabida letrita de que «el amor es una ilusión y es un placer, y que serán muy dichosos cuando estén juntitos», y otras frasecitas de tanta novedad.

El viejo verde contando sus aventuras amorosas del año uno, diciendo que se «pirras» por las hijas de líva, y cometiéndolo mil y una tonterías á cada paso.

Y....

Hago aquí punto, porque la lista es interminable.

Acercas del convencionalismo escénico y medios más oportunos para desterrarle de nuestra escénica, pueden hablar con mayores prestigios, para una pronta y feliz solución, literatos y críticos tan ilustres como los Sres. Balart, Bustillo, Bofill, Cavia, Clarin, Delgado (D. Sinesio), Flores García, Liern, Matoses, Octavio Picón, Ossorio y Bernard, Paris, Pérez (D. Felipe), Sánchez Pérez, los Sepúlvedas, Taboada, Urrecha y Villegas.

Humildemente me atrevo á suplicarles tomen en consideración lo que va expuesto.



ALEJANDRO LARRUBIERA.

# DE EXPOSICIÓN

Dibujos de Cifra.



EL PÚBLICO AFICIONADO

— ¡Oh! ¡qué gusto!  
— ¡Y qué fresco!  
— ¡Y qué sobrio!



EL DE LOS DÍAS DE MODA

— ¡Sabes, Pepín, que no veo nada que me llame la atención!  
— En los cuadros?  
— No, en vestidos elegantes....



EL DE LOS DOMINGOS

¡Qué bonitoooo!



UNO DEL OFICIO

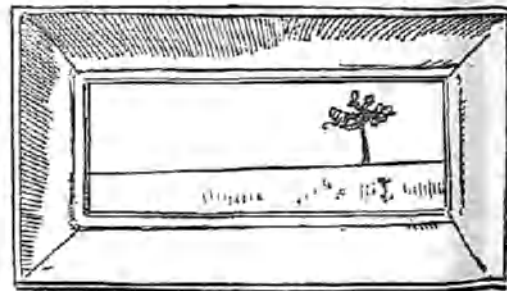
Es trivial el dibujo,  
puro y sencillo,  
y hay además abuso  
del amarillo.



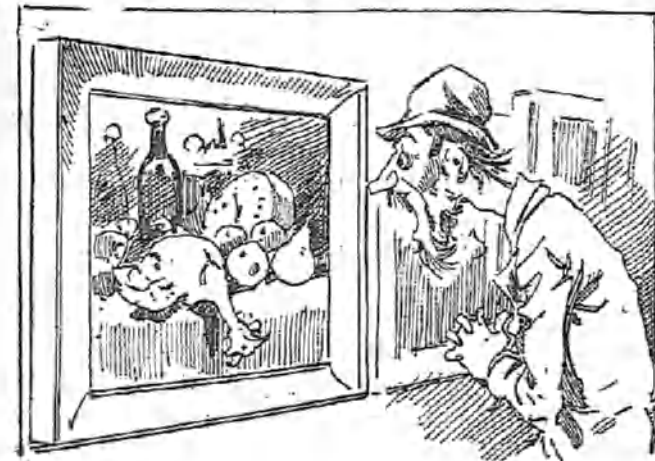
La indispensable cabeza de estudio.



— Este es, para mi gusto, el mejor cuadro de la Exposición.  
— De quién es?  
— Mío.



Se hace una raya en medio y un arbolito, y resulta un paisaje retebonito.



Ay, qué rico!



— Yo quería ver si compraba un desnudo bueno.  
— Pues yo quisiera un vestido, aun cuando no fuera más que regular.

# EN VARIOS ABANICOS



I.

En el de A. M.

Otro escritor llenaría  
tu abanico de primores,  
y a las aves ó a las flores  
quizá te compararía;  
mas yo me voy, hija mía,  
con la música á otra parte;  
pues quien logró examinarte

del alma lo más profundo,  
¡no encuentra nada en el mundo  
con que poder compararte!

II.

En el de L. L.

Hoy, niña, declaro aquí,  
suprimiendo adulaciones,  
que entre otras muchas razones  
me has gustado..... porque sí.  
Es más; yo siento por ti.....  
¡si supieras lo que siento!.....  
Pero no, ¿para qué intento  
frases de amor dedicarte,  
si sé que al abanicarte  
se las va á llevar el viento?

III.

En el de una casada muy retrechera.

¿Yo desairarte? ¡Eso no!  
Aunque tu afán no me explico,  
muy gustoso firmo yo  
con mi pluma en tu abanico.

Mas de tu esposo ejemplar  
envidio la suerte loca,  
¡porque ese puede firmar  
con sus labios en tu boca!

IV.

En el de M..... no sé cuántos.

Estará en tu abanico  
la firma mía,  
come si le cayera  
la lotería;  
porque aunque no merece  
premios apenas,  
¡ay qué aproximaciones  
tendrá tan buenas!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

# Al Sr. H. Onofroff

Pasado ya el alboroto  
y calmado ya el furor  
que produjo en ciertas gentes  
«lo de la hipnotización»,  
hasta lograr nada menos  
que el señor gobernador  
prohibiera el espectáculo,  
y que con potente voz  
propusiera en la Alta Cámara  
un ilustre senador  
que ese espectáculo «horrendo  
y repugnante y feroz»  
fuera prohibido *per saccula*  
en toda nuestra nación,  
otros sucesos recientes  
y de importancia mayor  
al público han preocupado  
y han llamado su atención.

Un domador en un circo  
su vida en peligro vió,  
saliendo herido y maltrecho  
por las garras de un león,  
que á haber hecho mejor presa  
cuando aquél la jaula abrió,  
pudiera en tragedia pública  
finalizar la función;  
y un pobre torero, joven,  
lleno de vida y valor,  
murió en las astas de un toro,  
que le partió el corazón.

Quizá á usted, como extranjero  
cause asombro y estupor  
que á estas horas nadie pida,  
airado, la supresión  
de aquellos dos espectáculos,  
fieros y horrendos los dos,  
y expuestos á esos peligros  
que por desdicha no son  
«en hipótesis» probables,  
pues causan pena y terror  
por su indudable certeza  
y por su repetición.  
Pero si usted busca en ello  
un argumento en su pro,  
yo, gustoso, me apresuro  
á desvanecer su error  
con varios razonamientos  
claros cual la luz del sol.

Que una fiera sanguinaria  
se meriende á un domador,  
ha ocurrido ya mil veces  
aquí y en Sebastopol,  
y como no es «cosa nueva»,  
no causa perturbación,  
porque está uno «preparado»  
á ese desenlace atroz;  
no «le coge de sorpresa»,  
que eso es siempre lo peor,  
y ¡qué demonio! hasta suelen  
ir más de uno y más dos  
con la «esperanza» de verlo  
y «gozar» de esa emoción.

Más que usted *fascine* chicos  
sin saberse cómo..... ¡oh!  
y que se queden inmóviles

ú obedientes á su voz,  
canten, bailen, lloren, rían  
y sientan frío ó calor,  
haciendo que muchos crean  
que se trata de un *complot*,  
pues no se muere ninguno.....  
¡ese causa indignación  
á los padres de familia  
y á las madres..... si, señor!

Que en una plaza de toros,  
en pública diversión,  
alegre como ninguna,  
un infeliz matador  
sea cogido y volteado  
y muera sin confesión,  
eso á las almas sensibles  
causa pena, ¡no que no!  
mas se trata de un «castizo»  
espectáculo español,  
y si el Gobierno quisiera  
quitarlo, ¡¡sálvelo Dios!  
aquel mismo día estaba  
España en revolución.

Más que usted, á sangre fría  
con un ALFILER ATROZ  
pinche un brazo cataléptico,  
sin molestia ni dolor,  
y sin que el pinchado haga  
visajes ni contorsión,  
ni se revuelque en su sangre,  
ni con mortal estertor  
se lo lleven entre cuatro.....  
es repugnante y feroz,  
y eso no puede sufrirlo  
ni la paciencia de Job.

En sillas, palcos y gradas

siempre que usted trabajó,  
hubo síncope, desmayos  
y hasta alguna convulsión,  
prueba de que *eso* es terrible  
y plusquam-trastornador;  
pues en Parish y en los toros  
hubo damas *comm'is faut*  
y hubo viejos y hubo niños,  
y nada grave ocurrió,  
ni hubo desmayos ni síncope,  
ni pánico ni terror;  
siguió tocando la música  
para más animación;  
siguieron los pobres diestros,  
refrenando su dolor  
y «divirtiéndose» á las gentes,  
en constante exposición;  
siguió el público en su sitio,  
silbando á más y mejor  
á aquel que no «se acercaba»,  
y todo el mundo á una voz,  
pasado el primer instante,  
parece que así exclamó:  
«No es nada: un torero muerto.....  
¡Puede seguir la función!»

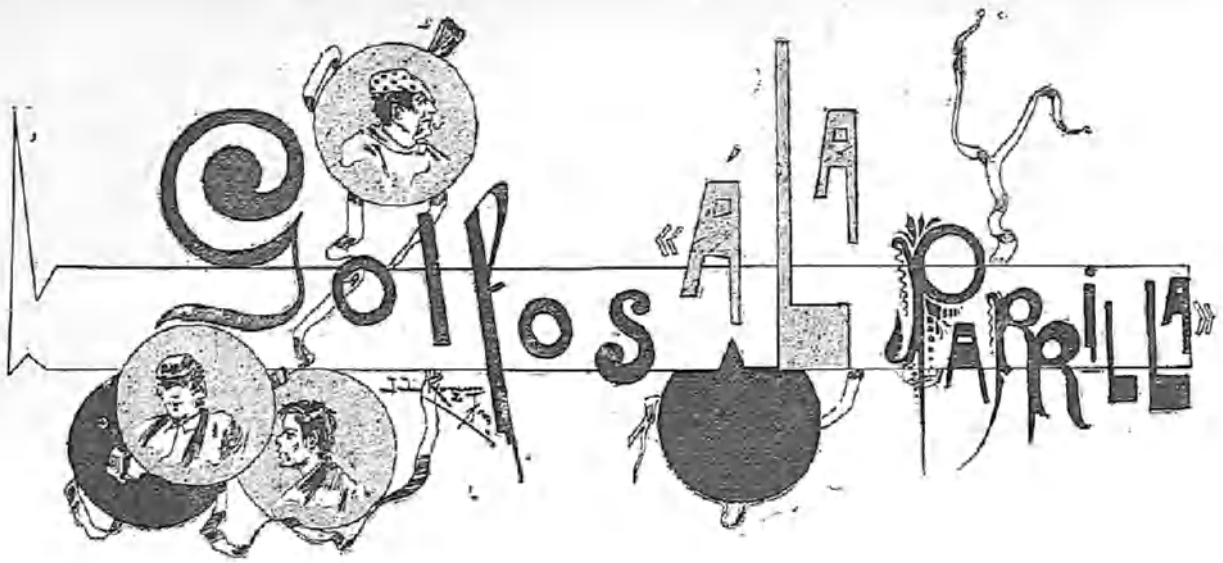
Váyase usted á otra parte  
con «su música», Onofroff,  
y no excite nuestros nervios,  
poniéndolos en tensión,  
porque somos muy sensibles,  
muy sensibles, pero no  
en tratándose de fieras,  
cuando no nos da terror  
que un toro destroce á un hombre  
ó se lo engulla un león.

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ.



LA GUARDIANA DE PATOS.—CUADRO DE ALEJANDRO DE RIQUEZ





—Oye tú, *Pinta*, á ver si te haces *pa allá*, que á todos ha de llegar la lumbre.

—Chitón, que ha *escomenzao* la función.

—¿En qué lo has *conocio*, *Baulero*?

—¡Toma! Pues en que ha *aumentao* la jarana.

—Ya estará la tiple haciendo gorgoritos.

—Camarás, *pa* tiple la sobrina de la tía Candelaría. Se canta unas carceleras de las hijas del *Zebadero*, que.... ¡yo entiendo!

—¿*Aonde* sacas tú á relucir á esa *sebosa*?

Esta conversación *ad pedem littera* escuché una noche del pasado invierno, conversación sostenida entre cuatro concurrentes al teatro Real, que podían ser aficionados de muy buena cepa, á juzgar por su nuevo y extraño sistema de audición.

No eran de la clase de engomados, silfos de aljofaradas alas que pagan su abono por revolotear de palco en palco, aspirando los delicados perfumes de las aristocráticas flores de estufa; ni se contaban entre los *burgueses* de los pisos medios; ni siquiera pertenecían al género clásico de los *veritables amateurs*, del paraíso. Los cuatro *dilettanti* apuntados eran espectadores de *puertas afuera*, que tenían el privilegio de asistir á la representación, sin tomarse el trabajo de alquilar dos auriculares en el «Continental Express». Á caza de *comfort* y economía, habiáanse dirigido á la plaza de Isabel II, y mirando por las rejas de los sótanos del Real los encendidos hornos que alimentaban las motrices de la electricidad, decidieron tomar por estufa los hornos, y acomodáronse sobre la reja, por ser la única localidad ocupable para sus bolsillos.

Eran cuatro rapaces harapientos que, concluida la venta del *papel*, estimaban, tal vez, más *chic* y soportable el pasarse media noche en la plazuela, sobre el calor y junto á la grandeza, que retirarse á un tugurio, donde les aguardaba una vecindad de alimañas, poco lecho y mucho frío. Familia nómada de desheredados, en quienes el instinto de la raza despierta el ingenio indispensable para buscar en la *malicia del tráfico* una limitada solución al problema de la existencia; anémicos de vida y de calor, despiertan en el invierno alrededor de la hornilla que en la acera del café tuesta el de sus conciudadanos, y matan la noche junto á la ceniza que dejó la hoguera del obrero nocturno.

La espesa niebla de aquella noche era oscura y palpable, y en atención al frío húmedo que entumecía, *Baulero* y compañía consideraron delicioso aquel paraje, templado por la atmósfera de la cueva que les regalaba una tibia columna de vapores, si bien al confundirse con la temperatura exterior, se licuaban, convirtiéndose en menudas gotas.

—Parece que aplauden—dijo *Pinta*—buscando por sus innumerables bolsillos un trozo de tela para secar la *mala pituita nasi*.

—Será la alabarda—objetó *el Manco*.

—Ya quisieras tú ser de esa tierra.

—*¡Mía que no!* Cualquiera....

—*Pué* que volviéndote *finoli*, hicieras la suerte, hermoso.

—Y alternaría con las personas....

—¡Que no daría yo cualquier cosa, *tuviéndola*, es el decir, por pescar un *rinconciyo* ayá dentro!

—¡Compañeros, y qué puntas del *habano* se deben estar perdiendo!

*Pinta* y *Manolo* se replegaron hacia el rincón, y á los pocos instantes los cuatro amigos, inmóviles sobre *la parrilla*, habían atrapado el sueño más beatífico al arrullo del traqueteo sordo de las máquinas.

\*\*\*

¿Por qué mares bogaría la imaginación de aquellas pobres cabezas? Tal vez fantaseando el mundo real que bullía al otro lado del muro, verían el concierto mágico de luces, colores y armonías que formaban la brillante sala. Quizá contemplarían visiones de mujeres hermosas que apenas en sueños pudiera forjar su mente, y creerían escuchar sonidos vagos y misteriosos unidos para formar un himno, que en crescendo sublime, loco, se abría paso por el espacio, llenando los ámbitos, dominador y excelso como la inspiración del autor de *Los Hugonotes*....

La realidad también había cesado. Una interminable hilera de carruajes iba desfilando rápidamente con sordo ruido.

*Manolo* se despertó, y, llamando á sus compañeros, les gritó como si el sueño continuase:

—¡*Bartolomé!* ¡Eh *Pinta!* Arriba, que hay que madrugar mañana *pa el extraordinario!* ¡Vámonos, que el telón ya se ha *corrio!*

V. CASTRO LES.

## LA COTIZACIÓN DE AYER



Á 106



Á 64.20



JEROGLÍFICO, POR A. NOVEJARQUE

DIALOGO

LA LA GRAN VÍA

CHARADA EN MARCHA DE TORRE

POR M. MARZAL

En el próximo número ofrecere-  
mos á nuestros lectores varios  
apuntes del entierro del Espartero  
y el retrato de la cabeza del toro  
Perdigón, de fotografía, que por no  
retrasar el número no damos en el  
presente.

Jabonería Victor Vaissier, place de  
l'Opera, 4, Paris.

LOGOGRIFO NUMÉRICO

POR A. NOVEJARQUE



1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	Animal
			7	2	9	10				Capital
			1	2	7	8				Población
			1	10	5	8				Fruta
			7	5	7	8				Flor
			4	6	3	10				Guarismo
			6	7	1	8				Pronombre
			9	8	7	5				Doctor
			3	10	1	8				Capital
			4	10	3	10				En el teatro
			10	3	8	3				Verbo
			3	6	8	7				Teatro
			9	3	1	6				Verbo
			7	8	3	8				Teatro
			1	5	4	10				Animal
			1	8	7	8	9	8		Capital
			1	3	4	5	8			Capital
			9	8	7	5	4	5	8	Población

ACRÓSTICO CENTRAL

EN COMBINACIÓN

POR A. NOVEJARQUE

0	0	*	0	0
0	0	*	0	0
0	0	*	0	0
0	0	*	0	0
0	0	*	0	0
0	0	*	0	0
0	0	*	0	0
0	0	*	0	0
0	0	*	0	0
0	0	*	0	0

Sígase la marcha de torre en el juego de  
ajedrez, y váyanse puntuando las casillas,  
cuyas silabas se van descifrando, tanto para  
no volver á pasar sobre ellas, como para faci-  
litar la solución.

METÁGRAMA, A. POR NOVEJARQUE

- \* \* \* \* \* Nombre de mujer.
- \* \* \* \* \* Flor.
- \* \* \* \* \* Tela.
- \* \* \* \* \* Planeta.
- \* \* \* \* \* Tela.
- \* \* \* \* \* Goma.
- \* \* \* \* \* Pés.
- \* \* \* \* \* Prenda de vestir.
- \* \* \* \* \* Herramienta.
- \* \* \* \* \* Instrumento músico.
- \* \* \* \* \* Ciudad andaluza.
- \* \* \* \* \* Tiempo de un verbo.
- \* \* \* \* \* Teatro.
- \* \* \* \* \* Para hacer fuego.
- \* \* \* \* \* En el cementerio.

Sustitúyanse las estrellas por letras cons-  
tantes, y los puntos por variables, de modo  
que horizontalmente se lea lo que á la derecha  
se expresa.

SOLUCIONES

A LOS PASATIEMPOS DEL NÚM. 42

A LAS PREGUNTAS:—I. Isidoro-Isidro.—  
II. Nardo-Cardo.—III. Quinto.

AL PROBLEMA DE AJEDREZ NÚM. 2.

1	P. jaque	2	P. jaque
	R. toma F.		R. toma P.
		3	D. á mate.

A LA CHARADA: Casa.

Las soluciones de los pasatiempos de este número  
se publicarán en el siguiente.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES  
QUE SE NOS REMITAN

DR. BALAGUER, PRECIADOS, 25  
INSTITUTO DE VACUNACIÓN DE TERNERA